

# Hacia una teoría del populismo

---

## Towards a Theory of Populism

*José F. Fernández Santillán\**

---

\* Doctor en Historia de las Ideas Políticas por la Universidad de Turín, Italia. Profesor-investigador de Humanidades del Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey (Campus Ciudad de México). Contacto: santillan.floren-  
cio@gmail.com.

## Resumen

Nadie podría hacer un estudio serio de la política contemporánea sin tomar en cuenta al populismo. Se trata de un fenómeno que se ha registrado, literalmente, en los cinco continentes. Sin embargo, a pesar de lo mucho que se ha escrito sobre él, aún no hay un mínimo común denominador sobre el significado y alcance del término “populismo”. Casi todos los autores aceptan que se trata de un concepto impreciso, polisémico y problemático. Este artículo sostiene, en sentido opuesto a la opinión prevaleciente, que sí es posible precisar el término y, en tal virtud, se puede elaborar una teoría sobre el populismo. Esto no sólo ayudaría a precisar los contornos del tema que tanta expectación ha causado entre los politólogos, sociólogos e internacionalistas, sino que también ayudaría a llevar a cabo una mejor defensa de la democracia liberal que ha sido sometida a fuego tanto por los ideólogos del populismo como por los propios gobiernos y partidos populistas. Para llevar a cabo esta tarea, el autor se apoya en lo que Norberto Bobbio llamó la “lección de los clásicos”. De esta manera, presenta una perspectiva que no ha sido abordada por los autores que han estudiado y escrito sobre el tema del populismo.

**Palabras clave:** Populismo, Demagogia, Democracia, Formas de gobierno, Autocracia.

## Abstract

Any understanding of contemporary politics that wants to be taken seriously must find a way to deal with populism. It is a political phenomenon that has happen all over the world. Obviously, many books have been written about this topic. Nevertheless, there is not a least common denominator about its reach and meaning. Almost all authors accept that ‘populism’ is an imprecise, problematic and polysemic concept. This article sustains, conversely, that it is possible specify what is populism. In consequence, it is likely to elaborate a theory of populism. This effort is important not only for the academic field, in specific humanities, social science, public policy and political science but also in order to protect liberal democracy against many misinterpretations and manipulations like that of speak about a “populist democracy”, which is an oxymorus. This confusion has been consciously provoked by those scholars, ideologues, politicians and political parties, pro-populism. There is a key solution for this challenge. It means, what Norberto Bobbio named “the lesson of the classics”. It is about a different perspective in comparison to that approach adopted by the authors “specialists” or “experts” in populism.

**Key words:** Populism, demagogu, democracy, political regimes, authocracy.

## Preámbulo

En la política internacional contemporánea hay tres hechos que, juntos, marcan un hito. En primer lugar, la decisión tomada por los británicos de abandonar la Unión Europea (UE), por vía del referéndum que se llevó a cabo el 23 de junio de 2016. El 52 por ciento de los votantes, en efecto, optaron por la salida, le hicieron caso a ciertos factores que venían enturbiando el ambiente político. Entre ellos: al llamado “euro-scepticismo”, o sea, la reacción frente a la promesa incumplida de que si el Reino Unido permanecía en la órbita de los demás países del Viejo Continente el nivel de vida de las personas mejoraría; a los sentimientos anti-inmigrantes atizados por la oleada de extranjeros que ingresó al país luego de la Caída del Muro de Berlín en 1989, en especial cuando el laborista Tony Blair se convirtió en Primer Ministro (1994-2007); la falta de certidumbre, por parte de los jóvenes de tener un trabajo seguro después de haber terminado sus estudios; el regreso de los conservadores al poder con David Cameron como Primer Ministro (2010-2016) quien, innecesariamente, convocó al referéndum. Debemos decir que se trató de una competencia bastante reñida en la que jugó un papel determinante un pequeño, pero muy activo partido nacionalista. Como dice Takis S. Pappas: “Sin duda, el adalid de la campaña ‘salir de la UE’ fue Nigel Farage antiguo comerciante y líder del *United Kingdom Independence Party* (UKIP), quien en repetidas ocasiones fracasó en su intento por ocupar un asiento en el Parlamento británico. Con todo y esos fracasos personales, Farage, se autoproclamó el líder de la ‘revolución popular’ que, a la postre, salió con banderas desplegadas, declarando al Brexit como ‘una victoria del pueblo real’” (2019: 22).

Debemos añadir que hay crecientes evidencias de la injerencia de la Rusia de Vladimir Putin a favor de la salida de la Gran Bretaña de la Unión Europea. Mediante la apertura de cuentas apócrifas (*bots*) en twitter los rusos apoyaron fuertemente la campaña del *Brexit* en internet. De otra parte, el embajador ruso en Reino Unido, Alexander Yakovenko, se reunió frecuentemente con aportadores de fondos para la campaña a favor del abandono de la Gran Bretaña de la Unión Europea incluyendo al multimillonario, Aaron Banks, cofundador del movimiento *Brexit*

y el mayor donador de dinero para esta causa. De hecho, “Las dudas han ido en aumento respecto de la manera en que recursos económicos provenientes de Rusia lograron sortear los controles y llegar a las arcas de la campaña en favor de la salida. En particular, la Agencia Nacional contra la Delincuencia de la Gran Bretaña (*UK’s National Crime Agency*, NCA) está investigando los presuntos vínculos entre ese gran mecenas y Rusia” (Stengel, MacDonald, Nabers, 2019: 559).

El segundo momento derivó de un fallido golpe de Estado en Turquía que se registró la noche entre el 15 y el 16 de julio de 2016. Algunas facciones de las fuerzas armadas de ese país intentaron derrocar al presidente (Jefe de Estado) Recep Tayyip Erdogan y al Primer Ministro (Jefe de Gobierno) Binali Yildirim. Las movilizaciones y enfrentamientos más encarnizados se registraron en la capital, Ankara (incluidos los bombardeos a la residencia oficial y a la sede de la Asamblea Nacional), y en la ciudad económicamente más importante de la nación, Estambul.

Al inicio del levantamiento, los sublevados lograron controlar varios puntos estratégicos; no obstante, en las horas siguientes la ciudadanía, en diversas urbes del país, salió a las calles para mostrar su rechazo al cuartelazo. Así procedieron también los partidos políticos (incluso los de oposición). La comunidad internacional se pronunció en contra de la vía violenta para deponer a un gobierno elegido democráticamente. El resultado trágico fue que 194 personas muertas y 1,154 heridas. Fueron detenidos 2,839 militares sublevados. Este fue el quinto golpe de Estado organizado por el ejército turco desde 1923, pero el primero en fracasar.

La contención del alzamiento fue seguida de una detención masiva de civiles y militares (aun quienes que no habían participado en el golpe ni lo respaldaron). Se desató una purga (para usar el término estalinista) de jueces, profesores universitarios, maestros de primaria y secundaria y funcionarios públicos. Fue lo que algunos denominaron “contragolpe” (Pappas, 2019: 22): “Cuando manifestantes pro-gubernamentales pidieron la reimplantación de la pena de muerte, Erdogan replicó que estaba listo para endosar esa petición porque ‘aquí se cumple la voluntad popular’. A lo que añadió ‘la soberanía pertenece al pueblo’” (Pappas, 2019: 22).

Este lance fue aprovechado por Erdogan para declarar, el 20 de julio, el estado de emergencia, lo cual implicó la supresión de las garantías individuales, los derechos políticos y los derechos sociales, así como cualquier recurso jurídico para denunciar el abuso de poder. Dicho en breve, ese día en Turquía desapareció la democracia parlamentaria. Fue sustituida por un gobierno que, en adelante, ejercería el mando por decretos. En términos llanos y sencillos, la implantación de una dictadura.

El tercer hecho histórico al que queremos referirnos aquí son las elecciones celebradas en Estados Unidos el 8 de noviembre de 2016 y que, contra casi todos los pronósticos, ganó Donald Trump. No obstante, debemos aclarar que si bien la candidata del Partido Demócrata, Hillary Clinton, obtuvo más votos ciudadanos (65,844,954 millones de sufragios que significan el 48.2 por ciento) que el candidato del Partido Republicano, Donald Trump (62,979,879 votos que representan el 46.1 por ciento), o sea, una diferencia de 2.1 por ciento, el sistema electoral norteamericano, basado en la existencia de 538 colegios electorales, le dio la victoria al magnate neoyorquino al adjudicarle 306 colegios electorales (56.9 por ciento), mientras que la ex Secretaria de Estado obtuvo 232 colegios electorales (43.10 por ciento).

De hecho, como dice Michael Wolff:

Donald Trump y su pequeña banda de guerreros que formaron el equipo de campaña estaban listos para ser derrotados. Eso sí dando una batalla a sangre y fuego; pero no estaban preparados para ganar [...] Lo que repetía a cada instante Trump acerca de su campaña era lo horrible que ésta era y que cada persona involucrada en ella era un perdedor. Estaba convencido de que las personas que trabajaban con Clinton eran brillantes triunfadores. Lo que Trump decía frecuentemente era que: “Ellos (los de Clinton) han reclutado a los mejores y nosotros hemos contratado a los peores”. El tiempo dedicado a planear la campaña de Trump frecuentemente degeneraba en una retahíla de insultos: para él todos los que lo rodeaban eran una punta de estúpidos (2018: 11).

Lo paradójico es que esa caterva de descerebrados lo llevaron a la Casa Blanca. Vayamos al origen: el multimillonario neoyorquino anunció, el

15 de junio de 2015, que buscaría la nominación republicana. Lo primero que dijo fue: “Cuando México envía a su gente, no envía lo mejor, no los envía a ustedes. Está enviando gente que arrastra montones de problemas. Están trayendo droga, crimen, son violadores y algunos asumo que son buenas personas, pero yo hablo con los guardias fronterizos y eso es lo que me dicen”. El blanco polémico, en consecuencia, fue la inmigración ilegal a la que le echó la culpa de que los norteamericanos no tuvieran empleo, del aumento de la criminalidad, del tráfico de drogas. Para frenar ese flujo prometió levantar un muro en la frontera con México; frontera que, por cierto, tiene una extensión de 3,169 kilómetros.

También enfiló sus baterías contra México diciendo que Estados Unidos había firmado el peor tratado comercial de su historia en vista de que muchas empresas norteamericanas había optado por establecerse en nuestro país y que, de esta manera, habían creado puestos de trabajo fuera de las fronteras de la Unión Americana.

Otra estrategia empleada por Trump fue mostrarse como un extraño a la política (*outsider*) y, en consecuencia, no estaba contaminado por la corrupción de ese ambiente. Prometió drenar el pantano (*drain the swamp*) de Washington D. C. Dicho en otras palabras: se enfrentaría a la élite política (*establishment*) para entregar el poder al pueblo. Haría realidad el sueño americano (*America Dream*). El lema de campaña fue “Hacer grande de nuevo a los Estados Unidos” (*Make America Great Again*).

Ciertamente, los tres casos expuestos aquí, tiene diferencias: en Gran Bretaña, lo que inclinó la balanza a favor del *Brexit* fue el euro-escepticismo y el trabajo tozudo del UKIP y su líder Nigel Farage; en Turquía un fallido golpe de Estado “le vino como anillo al dedo” a Recep Tayyip Erdogan para, habiendo llegado al poder legítimamente, desaparecer la democracia y dar paso a una tiranía (*Tyranno ex Parte Exercitii*); en Estados Unidos, la astucia de un narcisista, vino a dañar seriamente a la democracia más antigua de la era moderna, ayuda rusa incluida, como lo probó el Fiscal Especial Robert Muller III. El reporte de Muller “señala que la interferencia rusa en las elecciones presidenciales de Estados Unidos celebradas en 2016 fue ilegal y se dio ‘de una manera descarada y sistemática’” (Frum, 2019). No obstante, a pesar de las diferencias, en estos tres ejemplos se observa una similitud, una

transversalidad: tuvieron como motivo o pretexto “el bien del pueblo”. Sus líderes argumentan que actuaron de acuerdo con el interés popular; siguiendo los sentimientos y dictados de lo que la gente común quería, de manera que ellos fueron simplemente los traductores de “la voluntad popular” y quienes canalizaron esas energías acumuladas.

Por eso afirmamos que estos tres eventos, juntos, marcaron un hito en la política internacional contemporánea: el ascenso y consolidación del populismo. Son casos emblemáticos de una tendencia *in crescendo*: el populismo se ha convertido en un fenómeno global. Y eso se nota porque la forma de gobierno opuesta al populismo, vale decir, la democracia, experimenta una crisis de credibilidad; los partidos políticos tradicionales son acusados de haber ejercido la *partidocracia* una especie de oligarquía en la que sólo las cúpulas dirigentes (no importando si fueran de derecha o de izquierda) disponían del poder y de los privilegios derivados de las turbias negociaciones tras bastidores. Por eso la ciudadanía se desilusionó de la política convencional e hizo caso a quienes les prometieron prescindir de esa clase política en contubernio con las élites económicas. El grupo en el poder que tiene diversas denominaciones: Mafia del poder (México), la Casta (España), La Oligarquía pro-yanqui (Venezuela). Sin embargo, la realidad es que los demagogos populistas y sus partidos llegaron al poder, o bien acrecentaron su membresía en los parlamentos y congresos, de tal manera que se volvieron factores determinantes al momento de negociar la agenda legislativa y también los términos de las resoluciones.

Precisamente en 2016, Ronald F. Inglehart, de la Universidad de Michigan, y Pippa Norris, de la Universidad de Harvard, dieron a conocer los primeros resultados de una investigación de amplio espectro sobre este fenómeno:

Líderes populistas como Donald Trump, Marine Le Pen, Norbert Hoffer, Nigel Farage y Geert Wilders están sobresaliendo en muchas naciones, alterando los patrones normales (*establishment*) de la competencia entre los partidos en las sociedades occidentales [...] Estos partidos populistas han ganado votos y escaños en muchos países, y han entrado a formar parte de coaliciones de gobierno en once democracias occidentales, incluyendo Austria,

Italia y Suiza. En Europa [...] su promedio en la distribución del voto en las elecciones parlamentarias tanto a nivel nacional como europeo se ha más que duplicado desde 1960, de cerca de 5.1 por ciento al 13.2 por ciento a costa de los partidos de centro. En el mismo periodo los legisladores de estos partidos han triplicado su presencia en los parlamentos; es decir, han pasado del 3.8 por ciento al 12.8 por ciento. Incluso en naciones que no cuentan con muchos representantes populistas, los partidos populistas pueden ejercer un tremendo “poder de negociación” para presionar a los partidos más fuertes, en la distribución de los recursos públicos y en la definición de la agenda pública como bien lo muestra el papel desempeñado por el *United Kingdom Independence Party* (Partido por la Independencia del Reino Unido), UKIP, al catalizar la salida de la Gran Bretaña de la Unión Europea, con consecuencias impredecibles (2016: 2).

Es curioso y no carente de significado que, luego de vencer en el siglo XX a enemigos tan poderosos como en nazismo y el fascismo (1945), pero también al comunismo (1989-1991), hoy la democracia se encuentre bajo asedio por un enemigo insidioso y astuto, el populismo.

Debemos reconocer que el populismo ha ganado terreno con base en las deficiencias mostradas por la democracia liberal. Ésta se enfrenta a una crisis de credibilidad merced a que prometió muchas cosas que no fueron cumplidas. Lo que Norberto Bobbio llama “las falsas promesas de la democracia” (1991: 8-22).

Los reveses sufridos por la democracia liberal se deben, en efecto, a ese desánimo que campea y que se refleja, entre otras cosas, en la caída de la membresía de los partidos políticos tradicionales. Benjamin Moffitt comparte la idea de que la democracia liberal fue tergiversada y succionada por los intereses de las élites políticas y económicas cuya localización se aprecia muy bien en Estados Unidos: el primer grupo, o sea, la élite política tiene su centro de operaciones en Washington D. C., específicamente, en la colina del Capitolio; el segundo grupo, vale decir, la élite financiera en Nueva York, concretamente, en Wall Street. En Europa, quien marca el paso es la alta burocracia de la Unión Europea que tiene su sede en Bruselas. El alejamiento de la clase política



y de la clase financiera e industrial de los problemas que enfrentan la gente de a pie — sigue diciendo Moffitt— fue la oportunidad que estaban esperando esos personajes que hablan a nombre del “pueblo”. Este es el rasgo distintivo del populismo: resaltar y darle vuelo a la polarización conflictiva entre la élite y el pueblo:

Europa ha experimentado una marejada de populismo en la forma de líderes como Silvio Berlusconi, Geert Wilders, Jörg Haider y Marine Le Pen, y partidos populistas a lo largo y ancho de todo el continente han gozado de un significativo y prolongado éxito. América Latina ha registrado cambios irremediables debido a la acción del populismo de izquierda con Hugo Chávez, Nicolás Maduro, Evo Morales y Rafael Correa, quienes han asumido el poder en sus respectivos países. En Estados Unidos, *The Tea Party* evidentemente causó la crisis de gobierno de 2013 y figuras como Sarah Palin, Ted Cruz y Donald Trump han modelado la nueva cara del conservadurismo americano. En la región Asia-Pacífico, populistas como Thaksin Shinawatra, José “Erap” Estrada, Pauline Hanson y Winston Peters han dejado marcas indelebles en sus respectivas naciones, en tanto que África ha experimentado la presencia de líderes populistas de mano pesada con las presidencias de Yoweri Museveni, Michael Sata y Jacob Suma. Dicho de otro modo: el populismo ha vuelto por sus fueros. Y ha regresado con deseos de revancha. Lo que alguna vez fue visto como un fenómeno marginal relegado a una época ya fenecida o circunscrito tan sólo a algunas regiones del mundo, ahora se ha convertido en parte fundamental de la política contemporánea del orbe (Moffitt: 1-2).

## La proliferación del populismo (reto para el análisis)

El populismo se ha extendido por el mundo. Como dice Nadia Urbinati (2019: 1) este fenómeno implica un reto para el análisis; simple y sencillamente no puede ser soslayado: “Cualquier intento de compresión de

lo que es la política contemporánea que quiera ser tomado en serio debe encontrar alguna manera de abordar el populismo”. Pero allí radica, precisamente, el problema porque para la mayoría de los autores el concepto “populismo” es impreciso. Dicho vocablo tiene muchas facetas; depende en cuál de ellas se ponga atención para entender en qué parte de este término polisémico se ha puesto énfasis. Nadia Urbinati dice: “El término ‘populismo’ de suyo es ambiguo y es difícil de definir de una manera definitiva e inequívoca” (2019: 5). La misma incertidumbre se plantea Jan-Werner Müller:

Este libro comienza con la observación de que con todo y lo que se ha discutido y dicho sobre el populismo —tanto así que incluso uno de los más agudos y penetrantes analistas de la democracia actual Ivan Krastev (2007), ha llamado a nuestro tiempo como la “época del populismo”— estamos lejos de saber exactamente a lo que nos referimos. Simple y sencillamente, no tenemos algo así como una teoría del populismo, y al parecer carecemos de una pauta coherente para establecer en qué momento los actores políticos se convierten en populistas (2016: 2).

Para abundar a la confusión que priva en el estudio del populismo valga una cita más: “Exactamente, así como no hay una ideología común que defina al populismo, no hay una frontera bien definida de aquella base social a la que pueda denominarse ‘pueblo’” (Judis, 2016: 15). Marco Revelli comienza su libro sobre el neopopulismo con las siguientes palabras:

Podemos comenzar tomándoles la palabra a quienes primero sometieron al “populismo” a un estudio riguroso, y concluyeron que se trataba de un “concepto polémico”. Este concepto no es solamente una piedra en el zapato en la polémica que se da cotidianamente, sino que es una fórmula fundamentalmente divisiva que nubla el panorama que debería ser mucho más claro en las pesquisas académicas. Es un término problemático, del que debemos desconfiar, tomar nuestra distancia frente a él, o por lo menos hacer una serie de cuestionamientos acerca de él [...] de-

bemos preguntarnos si se trata de una “ideología”, una “mentalidad recurrente que aparece en diferentes contextos históricos y geográficos” o incluso una forma de psicología política o “anti-fenómeno” (2019: 13).

La discordia en torno a lo que se entiende por populismo y, peor aún, han provocado, de una parte, la producción de una amplia literatura sobre el tema que no tiene ni ton ni son; esos libros sobre el populismo, tiene visiones muy distintas, incluso contradictorias entre sí (lo cual, de suyo, no tendría nada de malo porque de lo que se trata es, precisamente, de contrastar perspectivas; el problema es que en ocasiones hay autores que al, supuestamente, discutir sobre populismo —por esa misma carencia de precisión— dan la sensación de que no están hablando de lo mismo); de otra parte, han debilitado los argumentos para hacer una sólida defensa de la democracia liberal: “a causa de la falta de una teoría sobre el populismo todavía no somos capaces de conocer sus causas y micro-mecanismos, que nos ayudarían a poner en acto contramedidas para combatirlo e incluso —así lo esperamos— rescatar a la democracia liberal” (Pappas, 2019: 22).

Con el propósito de contribuir a la conformación de una teoría sobre el populismo propongo echar mano, como lo aconseja Norberto Bobbio de “la lección de los clásicos”, en especial de la teoría general de las formas de gobierno. De acuerdo con la tradición del pensamiento político occidental los regímenes se distinguen con base en dos criterios fundamentales o, dicho de otra manera, respondiendo a dos preguntas canónicas: de una parte, ¿quién gobierna?, de otra parte, ¿cómo gobierna?

En relación con la primera incógnita, ésta se despeja señalando el número de gobernantes, es decir, uno, pocos o muchos. La segunda interrogante encuentra su respuesta en que los gobiernos se dividen entre buenos y malos si respetan la ley (*eunomía*) o no la respetan (*disnomía*); y, también, si gobiernan para beneficio de todas las personas o solo para una parte de ellas.

Platón, en su libro *El Político* (2017: 427) indicó que cuando una persona gobernaba bien, a esa constitución se le llamaba monarquía; en el caso contrario, cuando un individuo ejercía el poder mal se esta-

ba ante la tiranía; podría ocurrir que pocos hiciera uso del poder bien, entonces surgía la aristocracia; no obstante, cabía la posibilidad de que sucediera lo contrario, esto es, que pocos abusaran del mando para su propio provecho, así aparecía la oligarquía; cuando muchos manejaban el poder para ventaja de todos, se trataba de la democracia; lo opuesto de la democracia era la demagogia (Abbagnano, 1992: 441).

Para el tema que me he propuesto abordar en este artículo es importante resaltar que la democracia es: 1) el gobierno de la ley; 2) el gobierno de todos (mayoría y minorías incluidas), de allí su naturaleza *incluyente*; en cambio, la demagogia es: 1) el gobierno de un hombre no de una ley; 2) es el gobierno de la mayoría que excluye a las minorías (por eso es diferente de la democracia, precisamente, por su carácter *excluyente*).

Aristóteles, discípulo de Platón, puso de relieve esta distinción. En el libro de Aristóteles, *Política* se lee:

En la democracia todos participan de las magistraturas, con solo ser ciudadano, la ley es la que manda. Otra forma de democracia es en lo demás igual a ésta, pero es soberano el pueblo y no la ley. Y esto ocurre por causa de los demagogos. Pues en las ciudades que se gobiernan democráticamente no hay demagogos, sino que los ciudadanos mejores ocupan los lugares de preeminencia; pero donde las leyes no son soberanas, ahí surgen los demagogos (1988: 232).

Aquí encontramos una primera y sólida base histórica y teórica del populismo que está íntimamente vinculado con la forma de gobierno mala llamada demagogia. Tanto la demagogia como el populismo: 1) son regímenes políticos; 2) son opuestos a la democracia, aunque algunos autores quieran encubrirlas como “democracias diferentes”; 3) no respetan la ley; 4) no gobiernan para todos sino para la mayoría y, en consecuencia, son *excluyentes* de las minorías; 5) también se les conoce con el nombre de “tiranía de la mayoría” a la que yo llamaría “tiranía a nombre de la mayoría”; 6) a la cabeza de esos sistemas de gobierno siempre hay un demagogo; 7) polarizan a la sociedad y a la política.

## Savonarola

En la historia hay muchos ejemplos de demagogos. Aquí presentamos el caso de Girolamo Savonarola (1452-1498). Sobre este personaje debemos decir que, desde 1434, Florencia había sido nominalmente una república; pero, en realidad el poder lo ejercía la familia de los Medici, en especial Lorenzo “El Magnífico”. Un hombre que supo gobernar sabiamente la ciudad de Florencia e impulsó las artes y la literatura (Villari, 2016: 9). De hecho, se le considera el mecenas del Renacimiento. Además, promovió espectáculos culturales públicos, tradición que hasta el día de hoy continúa. Lorenzo “El Magnífico” murió el 8 de abril de 1492. Lo sucedió su hijo Piero. El 25 de julio de ese mismo año falleció el Papa Inocencio VIII cuyo sucesor fue el Papa Alejandro VI quien se hizo notar por su avaricia y libertinaje. Todo un crápula. “El anuncio de su elevación a la silla pontificia fue recibido en toda Italia con consternación” (Villari, 2016: 16).

Los problemas para Florencia sobrevinieron cuando Carlos VIII, Rey de Francia reclamó para sí el reino de Nápoles, arguyendo la herencia de su abuela, María de Anjou. Nápoles, en ese entonces, estaba en posesión de Fernando de Aragón. Para poder llegar a Nápoles y conquistarla, Carlos VIII tenía que atravesar los Alpes y luego hacer el trayecto completo de la península itálica. Para llevar a cabo su propósito el rey francés se alió con Ludovico el Moro, primer regente y luego duque de Milán.

Nápoles y Florencia eran aliadas, en consecuencia, Carlos VIII no podía alcanzar su objetivo si no contaba con la aquiescencia de esta última ciudad para seguir su paso hacia el sur. En primera instancia el gobierno de la república de Florencia no cedió ante las presiones del monarca galo; pero éste se presentó con su ejército en los confines del territorio toscano y luego tuvo la osadía de apostarse en las afueras de Florencia. Piero de Medici salió a dialogar con Carlos VIII. Se pensaba que llegarían a un acuerdo honroso para ambas partes. No obstante, Piero resultó ser un hombre débil y asustadizo: se humilló ante el monarca francés; cedió a todas sus exigencias. Los florentinos, indignados se rebelaron; Piero salió huyendo:

En estas circunstancias irrumpió en la escena política Girolamo Savonarola, un fraile dominico que había llegado a Florencia en 1482 procedente de Bolonia y que en los últimos dos años de vida de Lorenzo el Magnífico (1490-1492) se había hecho de un gran prestigio como monje, predicador y profeta. A partir de 1494, Savonarola desbordó incontinentemente los límites religiosos y se convirtió en el personaje más importante de la vida social, cultural y política de la ciudad (García Jurado, 2015: 10).

Savonarola, como miembro de una orden eclesiástica, había recibido una educación esmerada; era, pues, un hombre culto y puso esa formación teológica y filosófica al servicio de su misión evangelizadora. Se convirtió en un predicador convencido ayudado por sus dotes retóricas; tenía presencia escénica y poder de convencimiento además de ser un gran orador. Subyugaba a la muchedumbre que se reunía en los templos o en las plazas para escuchar sus sermones y prédicas. Llegó a tanto su fervor religioso que quiso instaurar “El Reino de Dios” en la tierra; se autotituló el verdadero vicario de Nuestro Señor en este mundo, desafiando al Papa Alejandro VI quien, como hemos dicho, era visto no como un líder espiritual, sino como un disoluto. Ese ímpetu de redención brincó los muros del convento dominico de San Marcos, donde residía Savonarola, salió a las calles y plazas a promover la “renovación moral de la sociedad”.

Carlos VIII permaneció en la ciudad tan solo 10 días, pero cuando salió rumbo a Nápoles, se dio en la ciudad una profunda transformación institucional con visos de revolución política. El 2 de diciembre de 1494 se convocó a un Parlamento que resolvió disolver varias de las instituciones creadas por los Medici, abolir todas las leyes que se contrapusieran a sus resoluciones y readmitir en la ciudad a todos los ciudadanos que habían sido expulsados de ella desde 1434 (García Jurado, 2015: 21).

Aquella república de fachada que se formó durante el dominio de los Medici, y que en realidad era un principado produjo una serie de insti-

tuciones y leyes que, efectivamente, con la rebelión de 1494, saltaron por los aires.

El núcleo de la nueva institucionalidad fue un órgano denominado el Gran Consejo al que se le otorgó la facultad de nombrar a los magistrados, así como elaborar una nueva legislación: “Este organismo fue concebido para dar cabida a 3,000 o 3,500 ciudadanos, lo que constituía una enorme participación popular, sin igual en la época” (García Jurado, 2015: 21). La nueva institucionalidad no puede ser entendida sin la participación e influencia de Savonarola quien acaparó el poder efectivo.

El nuevo gobierno republicano que inició en 1494 tenía un fuerte acento democrático que inmediatamente provocó la desconfianza y el rechazo de la oligarquía, al grado que se formaron dos bandos: los blancos, partidarios de la nueva república; y los grises, críticos de esta [...] Si la incursión en la vida pública del fraile dominico fue recibida con entusiasmo y simpatía, en cuanto comenzó a dar sus primeros pasos produjo grandes desacuerdos y confrontaciones (García Jurado, 2015: 22).

Es el caso típico del gobierno demagógico con una asamblea supuestamente democrática pero que no ejerce el poder para beneficio de todos, sino tan solo de una parte y, en consecuencia, es un sistema excluyente. Además, en la demagogia siempre aparece un líder carismático que promete toda clase de transformaciones las cuales se llevarán a cabo en un santiamén.

Maquiavelo fue testigo de esos acontecimientos. De ello dejó constancia en muchos escritos. Por ejemplo, en una carta que le envió a su amigo Ricciardo Becchi, fechada el 9 de marzo de 1498, Maquiavelo describe lo que hizo Savonarola en una de sus alocuciones:

Y después de dar este breve discurso, hizo la distinción entre dos bandos: uno que militaba a las ordenes de Dios, y estos eran él y sus seguidores; el otro bando era el que obedecía el mandato del diablo, que eran sus adversarios [...] Hay tres géneros de hombres: los buenos, que son los que me siguen; los perversos y obstinados, que son mis enemigos; y una especie de hombre de

vida disipada, dedicados a los placeres, que no hacen ni el bien ni el mal (Machiavelli, 1971: 1011).

Esta división entre buenos y malos con base en el criterio de que al primer grupo pertenecen quienes están conmigo, mientras que en el segundo grupo se adscriben quienes están contra mí, hizo germinar la discordia en la ciudad. “A la concordia e integración que predicó Savonarola luego de la huida de Piero siguió una abigarrada polarización social. Maquiavelo [...] percibió que la actividad política del fraile estaba provocando el surgimiento de divisiones, facciones y rupturas muy difíciles de reparar, polarizaciones que años después señalaría como uno de los mayores daños y peligros para la vida republicana” (García Jurado, 2015: 23).

Vale la pena hacer un paréntesis respecto de la tipología de las formas de gobierno en Maquiavelo. Es usual decir que Maquiavelo prefiere el gobierno de una persona porque, en su libro más famoso, *El Príncipe* (1993), alaba al líder que pueda alzarse sobre los demás; es más factible que el régimen unipersonal pueda imponer la unidad y la concordia. Eso explica la dedicatoria a Lorenzo de Medici, hijo de Piero y nieto de Lorenzo el Magnífico. No obstante, hay otra obra menos conocida, pero de más largo aliento (consta de tres volúmenes escritos entre 1512 y 1517), *Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio* (2016) en la cual muestra su predilección por la república. De hecho, Maquiavelo comienza *El Príncipe* con las siguientes palabras: “Todos los Estados, todos los dominios que han ejercido y ejercen imperio sobre los hombres han sido y son repúblicas o principados” (Machiavelli, 1971: 258).

Ahora bien, lo que él entiende por república, siguiendo a Polibio (Bobbio, 2014: 72) es la combinación de las tres formas buenas de gobierno, monarquía, aristocracia y democracia (constituciones que encarnaron, respectivamente, en los cónsules, el senado y los tribunos en la república romana). Polibio clasifica de la siguiente manera a las constituciones:

No todo gobierno de una sola persona ha de ser clasificado inmediatamente como realeza, sino sólo aquel que es aceptado libre-



mente y ejercido más por la razón que por el miedo o la violencia. Tampoco debemos creer que es la aristocracia cualquier oligarquía; sólo lo es la presidida por hombres muy justos y prudentes, designados por elección. Paralelamente, no debemos declarar que hay democracia allí donde la turba sea dueña de hacer y decretar lo que le venga en gana. Sólo la hay allí donde es costumbre y tradición ancestral venerar a los dioses, honrar a los padres, reverenciar a los ancianos y obedecer las leyes; estos sistemas, cuando se impone la opinión mayoritaria, deben ser llamados democracias. Hay que afirmar, pues, que existen seis variedades de constituciones: las tres repetidas por todo el mundo, que acabamos de mencionar, y tres que les son afines por naturaleza: la monarquía, la oligarquía y la demagogia (Polibio, 1981: 152-153).

En la teoría general de las formas de gobierno hay un principio fundamental: el mejor régimen es el más estable. Pues bien, el problema consiste en que, incluso, las constituciones simples, son inestables porque las otras dos fuerzas sociales que no participan en el gobierno presionan para ser tomadas en consideración. Luego entonces, la combinación de las tres formas simples proporciona, al mismo tiempo, estabilidad, fuerza y longevidad. Y así lo deja asentado: “En efecto, es evidente que debemos considerar óptima la constitución que se integre de las tres constituciones citadas” (Polibio, 1981: 151).

En los *Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio*, aparece la clasificación de las seis formas de gobierno:

Al hablar de los diversos ordenamientos de la ciudad de Roma y relatar las circunstancias que la condujeron a la perfección debemos tener en cuenta que, según quienes han escrito sobre el gobierno de las repúblicas [como sinónimo de Estados], este puede ser de tres tipos: monárquico, aristocrático o popular; quienes gobiernan una ciudad deben optar por el que consideren más conveniente. Otros, en opinión de muchos más sabios, afirman que hay seis tipos de gobierno de los cuales tres son malos y los otros tres buenos en sí mismos, pero tan fácilmente corruptibles que resultan perniciosos. Las formas de gobierno buenas son las

que enumerábamos antes, las malas, otras tres que derivan de ellas y se les parecen tanto que se pasa fácilmente de una a otra. El principado deviene fácilmente en tiranía, las aristocracias se convierten en oligarquías y a los gobiernos populares no les cuesta mucho volverse licenciosos. De modo que, aunque el fundador de una ciudad la dote de un buen ordenamiento, este estará vigente poco tiempo porque, dada la similitud que existe en este caso entre la virtud y el vicio, nada puede evitar que la primera degenera en su contrario (Machiavelli, 1971: 79).

*Il Segretario de la Signoria*, al igual que Polibio, resuelve este ciclo degenerativo proponiendo la formación de un gobierno mixto, es decir, la combinación de las tres constituciones simples:

En mi opinión, todas estas formas de gobierno son perniciosas, pues las buenas gozan de vida breve y las malas lo son en sí. De manera que, puesto que los legisladores prudentes conocen este defecto, rara vez optan por uno de estos modelos en estado puro y tienden a optar por uno que reúna rasgos de todos, por considerarlo más firme y estable dado que, una forma de gobierno corrige a las demás cuando el gobierno de una ciudad es, al mismo tiempo, monárquico, aristocrático y popular (Machiavelli, 1971: 80).

Para ilustrar la manera en que Roma adoptó paulatinamente este sistema que originalmente solo estaba formado por el principio monárquico y el principio aristocrático; pero que luego incluyó, sabiamente, la participación del pueblo (*plebe*), Maquiavelo escribe en los *Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio*, lo siguiente:

Al contar aquella república con cónsules y Senado, sólo incorporaba a dos de las tres formas de gobierno antes mencionadas: la monarquía y la aristocracia. Había que dar cabida al gobierno popular y cuando la nobleza romana se mostró insolente [...] el pueblo se sublevó, de modo que para no perderlo todo, los nobles tuvieron que dar al pueblo lo que le correspondía. Sin embargo, el Senado y los cónsules retuvieron el poder suficiente

para mantener su posición en la república. Fue así como nacieron los tribunos de la plebe, cuyo nombramiento dio mucha estabilidad a una república que ya participaba de las tres formas de gobierno. Y la fortuna le fue tan favorable que aunque pasó del gobierno de los nobles al del pueblo, de la forma y por las razones antes descritas, nunca cayó en la tentación de quitar toda la autoridad a los reyes para dársela a los nobles, ni de restar autoridad a los nobles para dársela a todo el pueblo. Mantuvo una constitución mixta, creando la república perfecta (Machiavelli, 1971: 81).

Conviene poner de relieve la relación que Maquiavelo hace aquí entre el carácter “mixto” del gobierno y su naturaleza “perfecta”. Dicho de otro modo: la formación de la república romana estaba en proceso de construcción con la presencia de la monarquía (los cónsules) y la aristocracia (los patricios). El punto que culminó la obra fue la incorporación de la fuerza popular (los plebeyos). Allí fue cuando esta obra política de largo aliento conquistó la perfección. Y eso fue posible a que culminó su carácter *incluyente*.

Empero, no hemos descifrado el enigma acerca de la preferencia de Maquiavelo por la república o por el principado. De acuerdo, con la lectura de sus obras, y en especial de *El Príncipe* y de los *Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio* lo que se deduce es que se debe recurrir a la monarquía cuando sea necesaria y a la república cuando sea posible. Dicho de otro modo: lo primero que hay que hacer es construir el Estado y eso se logra cuando el Príncipe concentra el poder derrotando a los poderes feudales que estaban junto a él (recordemos que en ese tiempo Italia no era un Estado unitario, sino un cúmulo de señoríos en conflicto entre ellos). Luego de concentrado, el poder (sin perder su supremacía) debe ser distribuido entre las tres fuerzas sociales que hemos mencionado aquí.

Como un autor realista que buscaba la *verità effettuale* (la verdad efectiva) aplicó estos conceptos para explicar lo que sucedía en Florencia, asunto que le preocupaba particularmente. Maquiavelo, en un escrito poco conocido, o sea, el *Discurso sobre la reforma del Estado de Florencia hecho a instancias del Papa León X*, se lee:

La causa de los frecuentes cambios de instituciones en Florencia consiste en no haber sido nunca ni republicanas ni monárquicas con las cualidades genuinas de cada una de estas formas de gobierno; porque se llama monarquía sólida aquella en que la deliberación es de muchos y la ejecución de uno; y no puede ser república duradera aquella en que no se satisface la opinión de la mayoría, pues al desatenderla, se arruina el régimen republicano (Machiavelli, 1950: 526).

En efecto, esa era la “verdad efectiva” en la que había vivido Florencia: primero una república de fachada porque en realidad fue el principado de Lorenzo el Magnífico; luego, se convirtió en una república con una fuerte inclinación democrática que, en los hechos, fue una demagogia encabezada por Girolamo Savonarola.

Por cierto, el fraile dominico fue un autor fecundo, escribió muchas obras, entre ellas *El tratado sobre el gobierno de Florencia*. Allí, en el capítulo III, afirma que el “gobierno civil” es el mejor sistema para la ciudad. Pero, ¿en qué consiste tal gobierno civil? De la lectura del texto y, en especial, del capítulo III se deduce que es lo opuesto del gobierno de una persona:

No hay duda de que, si el pueblo florentino padeció el gobierno de uno, convendría desestimar la tiranía e instituir el principado. Querriamos un príncipe que fuese prudente, justo y bueno. Empero, si examinamos con agudeza las razones y lo que han dicho hombres sabios, tanto los filósofos como los teólogos, deberemos admitir que, tomando en consideración la naturaleza de este pueblo, no le conviene tal gobierno (Savonarola, 2018: 25).

Luego entonces, lo opuesto del gobierno de una persona, sea en su forma buena (monarquía), sea en su forma mala (tiranía), es el gobierno popular (democracia) al que Savonarola llama, gobierno civil: “Convengamos, pues, con un sí a lo que dispone la autoridad divina, de la cual procede el actual gobierno civil, digamos sí a las razones que hemos esgrimido: el óptimo gobierno para la ciudad de Florencia es el gobierno civil” (Savonarola, 2018: 30).

No obstante, el fraile dominico, *de facto*, tomo las riendas del poder por encima de las nuevas instituciones que se habían creado luego de la huida de Piero de Medici. Savonarola, al adueñarse del poder, provocó divisiones políticas y sociales: 1) el pueblo contra la nobleza; 2) sus seguidores (*fraileschi*) contra sus detractores (*arrabiati*); 3) cristianos contra humanistas; 4) dominicos contra franciscanos; 5) Florencia contra Roma.

Se convirtió en un censor de la moral pública y privada. Estableció un sistema de espionaje cuyo encargado era Domenico da Pescia. Muchos de sus espías eran niños: “Savonarola consiguió así una policía celosa e incansable que hubieran envidiado los regímenes totalitarios del porvenir” (García Jurado, 2015: 24). El demagogo exacerbó los ánimos; usó el aparato del gobierno para su propio provecho. Convirtió la fe católica en dogma político con afanes de dominación y represión.

Savonarola se apropió de la prédica franciscana, es decir, vivir en santa humildad, sin algún tipo de lujos o extravagancias (de allí el desencuentro entre ambas órdenes). Para insertar esos principios en la vida social convocó a la realización de una “hoguera de las vanidades” que consistió en quemar en la plaza pública todos aquellos objetos superfluos: artículos de lujo, libros, cuadros, adornos, vestimentas. Todo lo que pudiese considerarse impío o pecaminoso.

Este religioso se pronunció contra las artes, la filosofía y la ciencia, que entonces se abrían paso con el Renacimiento. Para él esa no era sabiduría, lo único que contaba eran los escritos sagrados. El periodo en el que Savonarola fue el demagogo de Florencia va de principios de 1495 a finales de 1497.

Decir que era el enviado de Dios y que él era la única voz autorizada en este mundo para hablar en su nombre. Se trataba de un desafío abierto a la autoridad del Papa. Por eso, Florencia entró en conflicto con Roma. La tensión llegó a tal punto que el Papa Alejandro VI determinó excomulgarlo. Este hecho, sin duda, le restó fuerza a Savonarola. Otro hecho importante es que el monje dominico se dio cuenta de que muchas decisiones del Gran Consejo necesitaban gente con mayor educación. Pretendió elevar los requisitos de elegibilidad por lo cual quedarían excluidos muchos grupos que ya formaban parte de ese ór-

gano colegiado. Los representantes de los estratos sociales afectados se negaron a aceptar la propuesta y, acto seguido, le retiraron su respaldo: “Lo que desencadenó el desenlace fatal fue el desafío que el franciscano Francesco da Puglia le lanzó en marzo de 1498 [...] Puglia retó a Savonarola a una prueba de fuego, una ordalía, con el fin de determinar si era válida o no la excomunión. Quien saliera indemne del fuego tendría la razón y la voluntad divina de su lado” (García Jurado, 2015: 32).

La ordalía se fijó para el 7 de abril de 1498; pero hubo tal cantidad de objeciones que la prueba no se llevó a cabo. Los ánimos se caldearon hasta que se armó la barahunda. La muchedumbre persiguió a los dominicos hasta el convento de San Marcos, lo vandalizaron. Tuvo que intervenir *La Signoria*: apresó a Savonarola y otros frailes para fincarles responsabilidades: “Arrancándole una confesión por medio de la tortura, Savonarola aceptó todos los cargos que le fincaron en su proceso y fue ahorcado y quemado el 23 de mayo de 1498” (García Jurado, 2015: 33).

Así terminó el dominio en Florencia de un solo hombre, la demagogia (1494-1498); pero dejó lecciones importantes para la posteridad. Por ejemplo, este tipo de régimen no respeta a la ley, sino se pliega a la voluntad de un individuo; se sustenta en el apoyo que le brindan las masas fanatizadas; atiza la polarización entre quienes el líder considera ser fieles (sus seguidores) y los infieles (sus adversarios); rechaza en avance científico y procura el retroceso al oscurantismo.

## Los narótniki

Ahora bien, la palabra “populismo”, como tal, apareció varios siglos más adelante. La acuñaron jóvenes pertenecientes a la aristocracia rusa inspirados por el intelectual Alexandr Ivánovich Herzen (1812-1870), quien exhortó en sus escritos, para derrocar a la autocracia zarista y cambiar las condiciones injustas que padecía la sociedad de su país, “ir al pueblo”. Así nació el movimiento de los *naródniki* (“populistas”). Este movimiento se propuso, en efecto, luchar contra la opresión zarista, liberar al pueblo y en especial a los campesinos del sistema cuasi-

feudal imperante en el campo, implantar la libertad y la justicia social. En consonancia con estos postulados la primera organización de los *narodniki* se llamó *Zemliá i Volia* (“Tierra y Libertad”).

Dice Isaiah Berlin que “el populismo ruso no es el nombre de un solo partido político, ni de un conjunto coherente de doctrinas, sino de un difundido movimiento radical de Rusia a mediados del siglo XIX. Nació durante los grandes disturbios sociales e intelectuales que siguieron a la muerte del zar Nicolás I y a la derrota y humillación producida por la Guerra de Crimea; cobró fama e influencia durante las décadas de 1860 y 1870 y alcanzó su culminación con el asesinato del zar Alejandro II, después de lo cual declinó” (2014: 336). Para precisar las fechas en que estos acontecimientos ocurrieron debemos decir que el zar Nicolás I falleció el 2 de marzo de 1855; la Guerra de Crimea tuvo lugar entre 1853 y 1856; el asesinato del zar Alejandro II se registró el 13 de marzo de 1881. El populismo ruso no tuvo líderes políticos, pero sí líderes intelectuales; dos en especial, el ya mencionado, Alexandr Ivánovich Herzen y Nikolái Gavrílovich Chernyshevski (1828-1889).

Herzen emigró de Rusia a fines de la década de los cuarenta del siglo XIX. Se instaló en Londres en 1852. Desde allí siguió enviando artículos a Moscú que fueron publicados en la revista *Kolokol* (“La Campana”). En sus colaboraciones Herzen emplazó a la *intelligentsia* a vincularse con los campesinos. Esto fue enfatizado, especialmente, en su escrito publicado en noviembre de 1861. Allí puso en claro los principios morales y políticos del populismo ruso. Afirmaba que ni la naturaleza ni la historia obedecían a un diseño preestablecido. Este posicionamiento iba enderezado contra el determinismo marxista. Para Herzen, en cambio, la historia no seguía un libreto. En consecuencia, un espacio fundamental de la acción humana es la creatividad. Ni la Iglesia ni el Estado, tampoco un sujeto colectivo llamado proletariado, pueden entrometerse en la individualidad. Nadie puede invocar a estas entidades para cometer actos de crueldad o despotismo (Berlin, 2014: 171).

En el pensamiento de Herzen se nota la influencia de la Ilustración europea y, en especial, de la Ilustración alemana establecida por autores como Immanuel Kant (1724-1804), Wilhelm von Humboldt (1767-1835), Friedrich Schiller (1759-1805) y Johann Gottlieb Fichte

(1762-1814). Herzen fue, quizá, el primer autor que introdujo en Rusia, el pensamiento liberal. ¿Pero cuál era la perspectiva filosófica y social de Herzen? La respuesta es la siguiente:

Anhelaba el desarrollo más rico posible de las características personales, tenía en alta estima la espontaneidad, la franqueza, la distinción, el orgullo, la pasión, la sinceridad, el estilo y el color de los hombres libres; detestaba el conformismo, la cobardía, la sumisión a la tiranía de la fuerza bruta o las presiones de la opinión, la violencia arbitraria, y el ansia de someterse; odiaba el culto al poder, la ciega reverencia al pasado, a las instituciones, a los misterios o los mitos, la humillación del débil por el fuerte, el sectarismo, el filisteísmo, el resentimiento y la envidia de las mayorías, la brutal arrogancia de las minorías. Deseaba justicia social, eficiencia económica, estabilidad política, pero todo esto debía permanecer en segundo lugar, ante la necesidad de proteger la dignidad humana, de mantener los valores civilizados, de proteger de la agresión a los individuos, de defender la sensibilidad y el genio ante los embates individuales e institucionales (Berlin, 2014: 172).

Óptica que choca frontalmente con el neopopulismo de Vladimir Putin que hoy enarbola posiciones anti-liberales, anti-ilustradas, oscurantistas, dogmáticas; que fomenta, abiertamente, el culto a la personalidad y al poder, que practica la persecución y la represión sistemática contra los disidentes, cuyo régimen tiene un carácter excluyente y que muestra una marcada propensión a caer en los misterios y en los mitos religiosos y nacionalistas.

Chernyshevki se dio a conocer como periodista (1853) en las páginas de *El Contemporáneo*. Paulatinamente, se convirtió en un punto de referencia para la oposición al régimen autocrático. Tenía una cultura enciclopédica propia de los intelectuales ilustrados occidentales (Chernysh era pro-occidental). En consecuencia, chocaba con los pensadores conservadores rusos, eslavófilos. Un tema de especial interés para él era la situación de los campesinos rusos, la solución del atraso social. En este punto, como en muchos otros, coincidía con Herzen: había que for-



jar un socialismo agrario (Bushkovitch, 2012: 16). Impulsar la *obshina*, una unidad de producción colectiva y de autodefensa.

Por sus actividades subversivas fue detenido y enviado a la cárcel en 1862. En una mazmorra del Castillo de San Pedro y San Pablo escribió una novela titulada *¿Qué hacer?* En ella, diseña un proyecto de sociedad.

La idea era construir una serie de talleres comunales de producción y vivienda, que liberaran al individuo de las restricciones de la pobreza y la familia tradicional. La obra era, a la vez, un texto feminista y socialista. La emancipación de la mujer —incluidas las mujeres de las clases altas—, era un eje central de su proyecto. Chernyshevski se veía a sí mismo como un adalid de la liberación individual en una sociedad de “egoísmo racional”, al tiempo que como defensor de la liberación de campesinos y trabajadores. Esta novela se convirtió en la Biblia de toda una generación (Bushkovitch, 2012: 217).

Obviamente la referencia al “egoísmo racional” tiene como blanco polémico al utilitarismo de David Hume (1711-1776), Adam Smith (1723-1790) y Jeremy Bentham (1748-1832), quienes afirmaban que la felicidad total era la suma de las felicidades particulares.

Sea como fuere, el hecho es que el populismo ruso se conformó en torno a intelectuales y no a líderes políticos. Como dice Paul Bushkovitch (2012: 218): “La detención y exilio de Chernyshevski privó a los radicales de una voz pública, pero potenció el surgimiento de una literatura clandestina y de *émigré*, que circulaba entre los estudiantes y jóvenes de todo el imperio.”

## Mugwumps

Es curioso y no carente de significado que haya pasado lo mismo con el populismo norteamericano. Como dice uno de los estudiosos más reconocido de ese tema, Robert MacMath: dos hombres articularon las ideas

de las personas comunes y corrientes, Henry George (1839-1897) y Edward Bellamy (1850-1898). Ambos escribieron obras sobre los cambios económicos que estaba experimentando Estados Unidos. El título del libro de Henry George es *Progreso y pobreza* (*Progress and Poverty*, 1879); el de Edward Bellamy *En retrospectiva* (*Looking Backward*, 1888) (McMath, 1993: 111). Ambas obras ejercieron una poderosa influencia a lo largo y ancho de la Unión Americana. Esa se debió no tanto a los remedios que proponían, sino a los cuestionamientos que hacían: ¿por qué tantos americanos estaban sumidos en la pobreza, mientras que un puñado de familias acaparaban la riqueza nacional? Al mismo tiempo esas familias adineradas, casi todas asentadas en Nueva York o Nueva Inglaterra ejercían un control casi absoluto sobre las decisiones que tomaban los políticos en Washington D. C.

Henry George y Edward Bellamy hacían un símil: esa concentración del poder y la riqueza exponían a Estados Unidos al fracaso que experimentó Roma, de haber sido una vigorosa y sabia república compuesta por pequeños agricultores, degeneró en un imperio dominado por las familias opulentas.

Comparado con Rusia, Estados Unidos no tenía campesinos que durante siglos hubiesen estado sometidos a un sistema semi-feudal. La Unión Americana tampoco tenía una aristocracia de viejo cuño. Al contrario, Estados Unidos era un país abierto al futuro: de emigrantes que buscaban la “tierra de promisión”; trabajar y progresar. *The House in the Hill* (tener una casa en lo alto de la colina). Hacer realidad el sueño americano (*The American Dream*), construir una sociedad de hombres libres e iguales. El problema es que el capitalismo de libre competencia había dado lugar a una brutal concentración de la riqueza sobre todo en el noreste del país, y al empobrecimiento de la gran mayoría de las personas, ubicadas, especialmente, en el Sur, el Medio Oeste (*Midwest*) y el Oeste.

El populismo americano nació como una reacción a esa brutal concentración del ingreso y a la traición de los principios que inspiraron la construcción de la nación: llevar a cumplimiento el ideal jacksoniano: “iguales derechos para todos, privilegios especiales para ninguno”. Henry George y Edward Bellamy establecieron vínculos con organizaciones como la Liga Agraria Irlandesa (*Irish Land League*) y los

Caballeros del Trabajo (*Knights of Labor*). El movimiento en ciernes fue respaldado por los agricultores de Kansas, uno de los estados en los que prendió con más fuerza el populismo norteamericano.

Debemos poner atención en que Estados Unidos, desde sus orígenes tiene una sociedad civil muy bien organizada y poderosa; hay una miríada de agrupaciones del más diverso tipo. En la misma dinámica se mueven los numerosos medios de comunicación que, en esos tiempos, sobre todo eran impresos. Estas peculiaridades fueron aprovechadas por los movimientos de agricultores y trabajadores al Este de las montañas Rocallosas, de las grandes planicies centrales, del Sur, que se unieron para enfrentar a las élites adineradas del Noroeste.

Aquí presentamos una de las descripciones más claras del problema que se tenía en esos años:

En Estados Unidos el populismo luchó por una más amplia y profunda extensiones de la democracia [...] tanto los progresistas como los populistas creían que la verdadera democracia se había frustrado debido a los poderes restringidos de los intereses monetarios, los capitalistas y los políticos corruptos y así por el estilo [...] En Estados Unidos los progresistas se comenzaron a agrupar hacia 1880. Eran hombres y mujeres preocupados por lo que consideraron como el materialismo auto-complaciente del partido gobernante, es decir, el Partido Republicano, consistente en políticos que lo progresistas juzgaron como indefectiblemente vulgares y retrógradas. Estos reformadores intelectuales, sociales y políticos (llamados *mugwumps* por sus oponentes “conservadores” republicanos, quienes se hicieron llamar *stalwarts*) fueron gente que venía, generalmente, de los estratos altos de la sociedad americana, casi siempre protestantes, y muchos de ellos originarios de Nueva Inglaterra. Creían en la planeación social y política; esto es, una reforma social propagada por ellos mismos que viniese de arriba. Los populistas, en su mayoría provenían del Medio Oeste (*Midwest*) y el Sur, creían en las reformas y, en ciertos casos, en la revolución que emanase de las clases bajas (Luckacs, 2005: 66).

Era imperativo actuar contra los dueños del dinero, esto es, los magnates de *Wall Street*. Por eso comenzaron a surgir organizaciones de base en diversos estados del país que, unidos, pudiesen enfrentar a los poderosos consorcios empresariales. Con esa fuerza las organizaciones populares podrían entonces negociar con los partidos tradicionales, el demócrata y el republicano. No obstante, el movimiento alcanzó tal fuerza que se convirtió en un partido de masas, el Partido del Pueblo:

Si comparamos a Estados Unidos con otros casos, la historia del *People's Party* (el Partido del Pueblo) ofrece dentro del populismo el ejemplo más claro de movilización de masas desde abajo. La naturaleza del populismo norteamericano del siglo XIX no dependió de líderes carismáticos (como el caso de Perón), o de grupos de estudio de élite o teóricos desarrollados y luego poniendo en práctica complejos y abstractos métodos ideológicos (como en el caso ruso). El Partido del Pueblo descubrió su propia identidad, es decir, se vio a sí mismo como un movimiento popular de masas. Eso es lo que le dio vida y sentido. En la historia de esta organización, más que en ningún otro caso, tenemos frente a nosotros una política de masas como un verdadero y propio fenómeno que brotó desde la base. El nombre “pueblo” fue indicativo de la naturaleza verdaderamente popular del movimiento entre los agricultores del Sur y del Oeste (Taggart, 2000: 26).

Es importante señalar que la creación del Partido Populista de Estados Unidos desafió la perspectiva que hasta entonces se tenía respecto de la política económica: tanto para el Partido Demócrata como para el Partido Republicano, la única fórmula económica válida era el *laissez faire, laissez passer*, es decir, la receta liberal clásica: “dejar hacer, dejar pasar”; que el Estado no interviniera y que las inexorables leyes del mercado prevalecieran sin ser perturbadas en sus designios.

El presidente Grover Cleveland obedeció a pie juntillas esa fórmula liberal. Se trata del único presidente de Estados Unidos que ha ocupado el cargo en dos mandatos no consecutivos (1885-1889 y 1893-1897). En el discurso de toma de posesión de su segundo mandato se lanzó en contra el Estado paternalista: la intervención del sector público “asfixia

el espíritu del verdadero americanismo; entre sus funciones no está la de ayudar a la gente” (Judis, 2016: 22).

La plataforma de Ocala (1890) —antecedente directo del *Welfare State*— proponía, en cambio, la intervención del Estado en la economía: un amplio programa de educación pública, la nacionalización de los ferrocarriles, la baja del costo de los cultivos mediante la reducción de las tasas de interés de los préstamos a los agricultores, la adopción de un sistema fiscal progresivo; la adopción de una reforma política que instrumentara el voto secreto y la elección directa de los senadores: “El 12 de junio de 1890 los líderes de la Alianza de Kansas, Los Caballeros del Trabajo, la Asociación Mutualista para Beneficio de los Agricultores y los clubes para Impuestos Únicos se reunieron en Topeka y fundaron el Partido del Pueblo (*People’s Party*)” (McMath, 1993: 24).

Luego, en mayo de 1891, en un viaje por tren de Cincinnati a Kansas, esos mismos líderes pensaron que debería dársele al partido un nombre más sucinto y pegajoso. Alguien recordó la raíz latina *populus* (pueblo) y acuñaron el término “populista”. Y así lo bautizaron “Partido Populista”. El sujeto colectivo no era como en el caso de los partidos comunistas y socialistas, el proletariado, sino el pueblo. Su lucha no era revolucionaria, por medio de las armas, sino reformista, por medio del voto.

El candidato presidencial del Partido Populista para las elecciones de 1893 fue James K. Weaver, el ideólogo y principal orador fue Ignatius Donnelly quien recordó que después de la Guerra Civil (1861-1865) se había generado una gran desigualdad social en el país. Los ideales de Jackson y Lincoln habían sido traicionados: lo que imperaba en el país eran las sacrosantas leyes del mercado y no los principios de convivencia basados en la libertad y la igualdad. Los verdaderos dueños de la nación eran empresas corporativas como la *Standard-Oil*, *Carnegie Steel* y *Southern Pacific Railroad*. El poder político había dejado de estar vinculado a los principios, ahora respondía a los intereses económicos.

Con todo y las protestas que se desataron en todo el país por la crisis económica de 1893 (más grave incluso que la de 1929), Grover Cleveland no cambió su política económica. Por ejemplo, su Secretario de Agricultura, Julius Sterling Morton dijo: “Los agricultores prácticos y exitosos no necesitan la ayuda del gobierno; los agricultores ignorantes, imprácticos e indolentes no merecen ese auxilio” (Judis, 2016: 26).

Valga una anécdota: era tal la ira contra la insensibilidad del presidente Grover Cleveland, que el gobernador de Carolina del Sur, Ben Tillman, gritó a todo pulmón: “Mándenme al Senado y le voy a clavar un trinche a Grover Cleveland en su viejas y gordas costillas”. De allí le quedó el sobre nombre de Ben “Pitchfork” Tillman.

Para 1894, los efectos desastrosos de la crisis económica y el descontento social hicieron que los bonos del Partido Populista aumentaran: en la Cámara de representantes ganó el 10 por ciento de los votos, lo que le dio 4 asientos en la Cámara de Representantes y 4 senadores, 21 gubernaturas más 465 legisladores estatales sobre todo en los estados sureños, del Medio Oeste y el Oeste. Con estos resultados los populistas habían incrustados una cuña en el sistema bipartidista americano.

Empero, el Partido Populista no se logró mantener unido ni a nivel federal ni a nivel local, más aún cuando los demócratas postularon para las elecciones de 1896 a William Jennings Bryan de Nebraska, quien hizo suya buena parte de la plataforma populista. En su convención nacional el Partido Populista decidió respaldar la candidatura de Bryan. Esa determinación, más el hecho de que muchas organizaciones locales que habían apoyado, en primera instancia, al Partido Populista, después fueron absorbidas por alguno de los dos grandes partidos, hizo que esta organización se diluyera.

Sus postulados nutrieron buena parte del *New Deal* instrumentado por el presidente Franklin D. Roosevelt entre 1933 y 1937 para encarar las desastrosas consecuencias de la Gran Depresión de 1929. Con ello, el gobierno norteamericano abandonó la vieja política económica liberal y asumió un papel promotor.

## El neopopulismo

Debemos reconocer que, tanto el populismo ruso como el populismo norteamericano, tienen peculiaridades que los asemejan poco al populismo de nuestros días. Por ejemplo, la aspiración de Alexandr Ivánovich Harzen y Nikolái Gavrílovich Chernyshevski era incorporar a Rusia al Occidente ilustrado y acabar con la autocracia, en tanto que

hoy el populismo de Vladimir Putin es el de alejar a Rusia de Occidente, abanderando el paneslavismo y el nacionalismo. Su propósito explícito es exhumar los fracasados imperios blanco (de los zares) y rojo (de Iósif Stalin) e imponer un imperio que dure para siempre.

El cometido de Henry George y Edward Bellamy junto con el del Partido Populista norteamericano era corregir las aberrantes condiciones de desigualdad social y geográfica imperantes en su país. Cambiar el modelo de desarrollo liberal a un modelo de desarrollo basado en el intervencionismo estatal. Los populistas norteamericanos del siglo XIX querían hacer válidos los principios establecidos por los padres fundadores y que plasmaron en leyes e instituciones. Ahora, en contraste, Donald Trump ha profundizado el neoliberalismo, ha ahondado la distancia entre ricos y pobres, se ha dedicado a gobernar para beneficio de un número reducido de magnates y, sobre todo, ha atizado el racismo, la xenofobia y el nativismo. Para nadie es un secreto que Trump está atentando contra las leyes e instituciones norteamericanas, quiere imponer una autocracia populista.

Lo que caracteriza al populismo actual es, precisamente, el ser antidemocrático. Nadia Urbinati afirma que el populismo no es nuevo; lo que son nuevas son su intensidad y omnipresencia. Ahora hay regímenes populistas, literalmente, en todos los continentes. Por eso esta profesora de la Universidad de Columbia afirma: “nuestra capacidad de analizarlo es limitada porque hasta hace poco, este fenómeno fue estudiado en una o dos maneras específicas. De una parte, fue simplemente conceptualizado como una subespecie del fascismo; de otra parte, fue estudiado como una forma de gobierno que, se pensó, estaba circunscrita a la periferia del mundo occidente, en particular a los países latinoamericanos” (2019: 1).

## Conclusión

Luego de los argumentos que hemos esgrimido en este estudio me parece que queda claro que hay una definición precisa del populismo: es una forma de gobierno heredera de la demagogia (el régimen negativo

opuesto a la democracia) que apela al pueblo como unidad orgánica (mayoría), pero que es excluyente respecto de lo que considera el no-pueblo (la minoría). La democracia se caracteriza por ser un sistema de gobierno incluyente; se realiza en la dinámica entre mayoría y minoría o, si se quiere, entre la formación de consensos y el respeto del disenso. Es más, lo propio de la democracia es la formación de acuerdos entre mayoría y minorías.

Mientras que la democracia tiene una visión conciliadora de la política, el populismo tiene una óptica conflictiva de la política: siempre hay un enemigo al que se debe combatir (la mafia del poder, la élite privilegiada, los inmigrantes indocumentados, grupos raciales); ese oponente siempre es alguien extraño u hostil a la causa del “pueblo bueno”.

Vemos, de esta manera, que el populismo asume la frase acuñada por Carl Schmitt que la política, en última instancia, es la relación “amigo-enemigo” (2007: 26). Es inherente al populismo (demagogia) la existencia de un líder carismático que encarna al pueblo, que se identifique con la masa y, por tanto, que gobierne a nombre de ella por encima de las instituciones y las leyes. De hecho, la característica de los populismos contemporáneos es que los líderes-demagogos han hecho a un lado el Estado de Derecho, la supremacía de la ley, la división de poderes, la existencia de los órdenes de gobierno, los derechos civiles y los derechos políticos. Varios de esos líderes populistas han torcido la norma jurídica para prolongar su mandato o, de plano, perpetuarse en el poder.

El neopopulismo, como la demagogia medieval, rechaza la ciencia: no reconocen la teoría de la evolución y reivindica el creacionismo; no acepta el cambio climático; enarbola la homofobia, el racismo, el supremacismo y la intolerancia.

En un ensayo escrito en 1943 George Orwell dijo:

Lo peculiar de nuestra época es el abandono de la idea de que la historia puede ser escrita de acuerdo con la verdad. En el pasado la gente mentía deliberadamente, o inconscientemente coloreaban lo que ellos escribían, o luchaban, de plano, por decir la verdad, sabiendo de sobra que iban a cometer un cúmulo de errores; pero en todo caso ellos creían que los “hechos” existían y podían ser descubiertos.



Este tipo de bases construidas en común, con su derivación de que los seres humanos formamos una sola especie animal fue lo que destruyó el totalitarismo. En efecto, la teoría nazi específicamente niega que una cosa como “la verdad” exista. Por consiguiente, tampoco existe algo así como la “ciencia”. Lo que hay es “la ciencia alemana”, “la ciencia judía”, etcétera [...] Cuando el líder dice que tal más cual evento no sucedió, bueno, pues no sucedió, y asunto arreglado (Kakutani, 2018: 55).

Paradójicamente la “relativización de la verdad” ha proliferado gracias a las redes sociales. Al respecto Michiko Kakutani afirma: “Las mismas redes que democratizaron la información que forzaron a (algunos) gobiernos a ser más transparentes, y les dio herramientas a muchas personas para disentir, que pusieron en contacto a científicos y doctores, esas mismas redes, ahora lo sabemos, pueden ser explotadas por rácanos para esparcir información falsa o tergiversada para fomentar la crueldad y los prejuicios” (2018: 120).

Temas como la “posverdad” y/o los “hechos alternativos” son instrumentos a los que recurren cada vez con más frecuencia los líderes populistas para crear un mundo paralelo y hacer creer a la gente que ya no viven en la esfera de la razón, sino en la de la fantasía; no en un horizonte luminoso, sino el reino de las tinieblas, los miedos y los odios.

## Bibliografía

- Abbagnano, N. (1992), *Dizionario di Filosofia*. Turín: UTET.
- Aristóteles (1988). *Política*. Madrid: Gredos.
- Berlin, I. (2014). *Pensadores rusos*. Madrid: Alianza Universidad.
- Bobbio, N. (1991). *Il futuro della democrazia*. Turín: Einaudi.
- Bobbio, N. (2014). *La teoría de las formas de gobierno en la historia del pensamiento político*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Bushkovitch, P. (2012). *Historia de Rusia*. Madrid: Akal.

- Frum, D. (2019). What the Muller Report Actually Said. *The Atlantic*. 29 de mayo. Recuperado de: <https://www.theatlantic.com/ideas/archive/2019/05/mueller/590467/>.
- García Jurado, R. (2015). República o democracia: la Florencia de Maquiavelo y Savonarola. *Revista Estudios*, XIII (114), 9-35.
- Inglehart, R., y P. Norris (2016). *Trump, Brexit, and the Rise of Populism: Economic Have-Nots and Cultural Backlash*. Harvard University, Kennedy School, Faculty Research Working Papers Series. Recuperado de: <https://www.hks.harvard.edu/publications/trump-brexit-and-rise-populism-economic-have-nots-and-cultural-backlash>.
- Judis, J. B. (2016). *The Populist Explosion. How the Great Recession Transformed American and European Politics*. Nueva York: Columbia Global Report.
- Kakutani, M. (2018). *The Death of Truth*. Nueva York: Tim Duggan Books.
- Krastev, I. (2020). *The Populist Moment*. Recuperado de: <http://www.eurozine.com/articles/2007-09-18-krastev-en.html>.
- Lukacs, J. (2005). *Democracy and Populism. Fear and Hatred*. New Haven: Yale University.
- McMath, R. (1993). *American Populism. A Social History 1877-1898*. Nueva York: Hill and Wang.
- Moffitt, B. (2016). *The Global Rise of Populism. Performance, Political Style, and Representation*. Stanford, Ca., Stanford University Press.
- Machiavelli, N. (1971). *Tutte le opere*. Florencia: Sansoni.
- Machiavelli, N. (1950). *Tutte le opere*, Milán: Mondadori.
- Maquiavelo, N. (1993). *De Principatibus*. Edición bilingüe. Traducción, notas y estudio introductorio de Elisur Arteaga y Laura Trigueros Gaisman. Ciudad de México: Trillas.
- Maquiavelo, N. (2016). *Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio*. Madrid: Akal.
- Müller, J.-W. (2016). *What is Populism?* Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- Pappas, T. S. (2019). *Populism and Democracy. A Comparative and Theoretical Analysis*. Oxford: Oxford University Press.
- Platón (2017). *El Político*. Ciudad de México: Porrúa.
- Savonarola, G. (2018). *Trattato sul governo di Firenze*. Montevarchi: Digital Soul.

- Schmitt, C. (2007). *The Concept of the Political*. Chicago: Chicago University Press
- Stengler, F. A., D. B. MacDonald y D. Nabers (2019). *Populism and World Politics. Exploring Inter- and Transnational Dimensions*. Londres: Palgrave MacMillan.
- Taggart, P. (2000). *Populism*. Buckingham & Philadelphia: Open University Press.
- Urbinati, N. (2019). *Me the People. How Populism Transforms Democracy*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
- Villari, P. (2016). *The Life of Girolamo Savonarola*. Seattle: Zingoor Books.
- Wolff, M. (2018). *Fire and Fury. Inside the Trump White House*. Nueva York, Henry Holt and Company.

Recibido: 29 de junio de 2020

Aceptado: 27 de agosto de 2020